

# La autoridad desde el psicoanálisis\*

CHARLES MELMAN

**P**erdónenme una vez más por no poder expresarme en español, pero tengo la fortuna de tener en la persona del profesor Pío Sanmiguel un traductor tanto excelente como amistoso. Si se presentan dificultades de comprensión, les agradezco hacérmelo saber para que pueda explicarme mejor.

Como ustedes saben, al parecer estamos viviendo una época de progreso. Sin embargo, en ese progreso existen por lo menos dos campos que han permanecido totalmente arcaicos y marcados para el hombre por una insatisfacción, la misma insatisfacción de siempre: uno de ellos es un campo privado y remite a la insatisfacción propia de la vida conyugal. El otro es un campo público y tiene que ver con el dolor y los traumatismos que nos prodiga la vida política. Cuando se dice que estamos viviendo una era de progreso, hay que preguntarse entonces de qué progreso se trata, si bien es cierto que estos dos campos, el privado y el público, siguen siendo para el hombre el lugar de los mismos fracasos y de las mismas insatisfacciones. La dificultad para analizar esos campos, radica tal vez en que la respuesta que se le da al problema que plantean, parece no lograr tener un valor universal sino que estos análisis siempre resultan parciales, comprometidos de un lado o del otro. Así mismo, si analizan la vida conyugal, siempre se sospechará que su respuesta tiene un sesgo a favor de un solo lado y será etiquetada de machismo o de feminismo. Y si hacen un análisis de la vida política, siempre se lo tachará de reaccionario o de progresista.

Ahora bien, si consideramos a los filósofos que se interesaron en estos asuntos, por ejemplo Platón en su libro sobre la república o Aristóteles en su libro sobre la política, hay que recordar que esos eminentes filósofos sólo piensan en el contexto de una sociedad de amos.

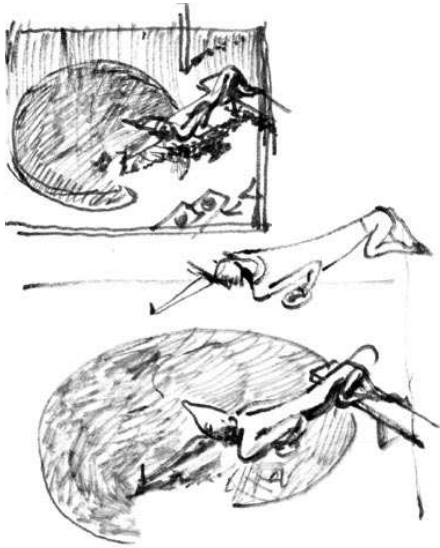


\* Conferencia dictada en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, el 4 de agosto de 2004, organizada por la Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura. Traducción: Tania Roelens. El texto se publica con la autorización del autor y de la *Association Lacanienne Internationale*.

Todos sabemos que en la democracia ateniense, los esclavos y los metecos eran más o menos diez veces más numerosos que los ciudadanos y que esa población mayoritaria no tenía derecho a la expresión política. Mucho más adelante, Hegel creyó que el proceder de la razón valía igual para todos y que la realización de un Estado perfecto, el cual había de ser la culminación de ese proceder de la razón, realizaría la igualdad entre los ciudadanos.

También saben ustedes que, partiendo de Hegel, Marx hizo del proletario el portador de valores universales, es decir, aquel que liberaría al conjunto de los miembros de la ciudad. Pero ahora, desafortunadamente, constatamos que se trataba de utopías y que, en todas partes la vida social sigue igual de dividida entre amos y siervos, como si se tratase de una ley natural que no lográsemos trascender. Todos los intentos que se han dado, pacíficos o violentos, no han impedido, en ninguna parte, la repetición de la relación desafortunada que el hombre mantiene con el poder, bien sea porque lo asume, lo cual, en general, lo vuelve más bien bruto; bien sea porque se rebela contra él, preparando así y desde ya el fracaso de su generoso proyecto.

¿Qué puede decir un psicoanalista sobre esta extraña coacción que, hasta hoy, ha resistido al análisis filosófico, antropológico, sociológico, psicológico... y que, por ende, debe depender de un proceso que escapa a nuestra conciencia y no obstante nos obliga? Para un psicoanalista siempre existe una gran sorpresa: la de constatar en la cura que emprende con un paciente, que la asociación libre que se le propone suele llegar a organizarse y a expresarse como dependiendo de una instancia soberana, de una autoridad que esta misma libre asociación instala, de una instancia que se vuelve el lugar mismo al que el sujeto va a dirigir su palabra; lo que sorprende allí es la manera como esta autoridad viene a gobernar la asociación libre, cualesquiera que sean los rasgos imaginarios que se le atribuyan, ya sean los del padre, de la madre, de un profesor, de Dios...; allí mismo, esta autoridad se vuelve el objeto de una intensa investidura amorosa que los psicoanalistas llaman "transferencia". Así, el analista ve, ante sus ojos, constituirse algo que expresamente hay que llamar servidumbre voluntaria y, esto, a pesar de la mayor libertad de expresión que se procure ofrecer al paciente: es la creencia de éste en la existencia de una autoridad aceptada como directriz y que se empeña en seducir. El primero en haber sido sorprendido por este fenómeno fue Freud y decía que la neurosis –o sea los motivos por los cuales el paciente viene a análisis– se transforma en una neurosis de transferencia y que era ésta la que había que tratar de allí en adelante, es decir, llegar a que el paciente acepte renunciar a su amor por aquella autoridad, a la servidumbre que por ella misma asume.



Lo notable es que, siguiendo esta configuración, la autoridad se encarna en una representación humana. Como quiera que sea, la conclusión a que llega necesariamente el psicoanalista, es que el movimiento propio del inconsciente instala espontáneamente dos lugares heterogéneos, distribuidos entre uno que es el del amo y otro que es el del servidor. Este es el escándalo que le corresponde al psicoanalista observar, aun cuando todo el esfuerzo de la cura consista en intentar resolver esa neurosis de transferencia, ese amor por la autoridad y esa conformidad con ocupar el lugar de servidor, los cuales se desprenden del movimiento mismo de la cura; esta distribución en lugares resulta entonces ser como una ley cuya fuerza es igual a la de las leyes físicas, es decir, una ley infranqueable, y por experiencia sabemos que los proyectos sociales más generosos, fraternos e igualitarios, siempre han fracasado. ¿Por qué es así, sino precisamente por esta ley que escapa a nuestra conciencia y sin embargo nos obliga?

El problema es que el psicoanalista invita al sujeto, al mismo tiempo, no a destruir esos lugares, puesto que todas las experiencias han demostrado que no era posible, como igualmente lo confirma la misma experiencia analítica, sino que lo invita a relativizar la potencia de esos lugares, a no comprometerse allí con pasión, hasta ya no ver en esta distribución más que una pura forma, pero una forma inevitable que sólo puede llegar a ser asumida; y, por otra parte, invita a constatar que lo que ha sido un progreso en el movimiento político, consiste en permitir, con la instauración de la democracia, que cualquier ciudadano pueda llegar a ocupar el lugar del amo.

Lo que quisiera subrayarles con esto, es que siempre nos es permitido luchar contra tal o cual amo porque nos parece injusto o malo, pero no se puede luchar contra lugares, ya que son ellos mismos los que aseguran la diferencia entre las funciones, la del amo o la del esclavo. Pienso que ya es un aporte central desde la concepción psicoanalítica, el de mostrar que la cuestión del amo no es un inconveniente circunstancial sino que se debe a la organización de lugares contra los cuales no hemos hallado, hasta hoy, medios radicales para defendernos.

Pero hay una excepción tal vez, y allí está la novedad que les quería comentar, ocurrida recientemente, de manera sorpresiva y sin programa político que la haya anunciado: desde hace algunos años se produjo un cambio en nuestra cultura –la de los países industriales avanzados–, un cambio radical que me parece no tener precedente. Consiste en que el desarrollo de la economía liberal, como la llaman, ha venido mostrando que el lugar del amo ya no está ocupado por una figura encarnada, como siempre lo había sido en la historia, sino que –y ésta es la gran sorpresa que someto a su reflexión– el lugar del amo, aquel que nos rige, que nos determina, que regula nuestra conducta, que organiza nuestra moral... está ahora ocupado por un objeto: el

objeto de la satisfacción, el objeto del goce, aquél mismo que Marx denunciaba como un fetiche. Así no es absurdo decir, hoy en día, que lo que ahora ocupa el lugar del poder es un puro fetiche, que por ende no tiene ningún límite y que ejerce su poder sin restricción, un poder absoluto que barre con el pudor y la moral, que trastoca la vida en familia, las concepciones del hombre y de su dignidad. Así mismo, uno puede entender que a los hombres políticos les resulte muy difícil, hoy en día, demostrar sus esfuerzos para dominar el poder absoluto que ejerce ese objeto, dominarlo con leyes allí donde el fetiche ignora todo de las leyes; lo que lo rige es una satisfacción que, naturalmente, resulta muy popular ya que es prometida como accesible e igual, algún día, para todos. En otras palabras, en virtud del poder ejercido por ese fetiche, gracias a ese objeto de satisfacción que rige ahora nuestras determinaciones y conductas, ya no existirían más lugares de amo y de esclavo puesto que, con el progreso tecnológico e industrial, podríamos acceder todos al mismo goce, un goce igual sin restricción alguna, incluso independiente de la diferencia de sexos. Lo que se llama el proceso de globalización es precisamente y por primera vez, la universalización de ese poder.

Ahora bien, he aquí otro breve comentario: como lo sabemos –y ustedes son en su mayoría parte de ella– la juventud siempre ha representado una fuerza de insurgencia social, de oposición a la injusticia social, de rechazo a entrar a una sociedad marcada por la desigualdad. Hoy en día, uno tiene la sensación, pero ustedes me dirán si estoy equivocado, que la juventud tiene ganas de entrar más bien pronto a esta sociedad festiva que se nos propone y a la cual se llama a participar lo más rápido posible. Yo diría, más bien, que ahora es la familia, la que nos parece –¡a nosotros los jóvenes!– como un medio restrictivo, lleno de obligaciones injustas, de leyes morales que ya no tienen reconocimiento social; mientras, en cambio, la sociedad nos aparece como llena de promesas de satisfacción, de goce, de fiestas, de participación... y nos dan, naturalmente, ganas de entrar.

Me permitiré ahora ilustrar con dos puntos lo que acabo de exponer; el primero es el hecho de que son lugares, determinados para cada uno de nosotros de manera inconsciente, los que rigen la división entre amo y esclavo. ¿De dónde procede el mando? Viene de un lugar, que puede ser ocupado por muy diversas instancias, tradicionalmente ocupado en nuestra cultura por figuras encarnadas, pero igualmente por representantes del saber, por ejemplo. Esto data de los orígenes mismos de la filosofía; los primeros pensadores imaginaban que si al tirano se le enseñaba, si se lo formaba filosóficamente, es decir, si dejaba de actuar a nombre de lo arbitrario sino por el saber, podría tratarse de un poder bueno; que un saber ilustrado podría ser un buen poder. Conocen seguramente la historia, a la vez cómica y trágica, de Platón

cuando iba a enseñar la filosofía al tirano de Siracusa y cómo le tocó huir a escondidas porque el tirano quería seguir ejerciendo su trabajo de tirano y por, lo tanto, ajustar sus cuentas con el filósofo. Vemos cómo siempre se repite la historia y cómo lo que llamamos el Siglo de las Luces, siglo XVIII, también tenía la ambición de enseñar a los príncipes: a Catalina de Rusia, a Federico de Prusia, siguiendo la misma idea de que gobernar a nombre de un saber pudiese mejorar el ejercicio del poder. Pero igual, sabemos que ambos fueron dictadores ordinarios, clásicos y que allí, también Voltaire tuvo que huirle a Federico II de Prusia porque llegó a verse en peligro. Lo que pasó después fue que, en el lugar del poder, vino a actuar el saber mismo, es decir las teorías políticas, con el propósito de resolver los problemas de la desigualdad social. Los militantes valientes de esa época actuaban a nombre de un saber. Estos ejemplos nos ilustran cómo en la historia, es un lugar el que organiza los efectos que nos dominan y que en este lugar pueden ubicarse actores distintos: ha sido un tirano, ha sido el saber y, hoy en día, puede ser un puro objeto, un fetiche ante el cual llegamos a funcionar en tanto sometidos.

Ahora terminaré con esta pregunta: ¿Qué es lo que el psicoanálisis puede aportar con respecto a esta mutación en la cultura, si acaso es cierta? ¿Puede permitirle al sujeto una relativa liberación con respecto a ese fetiche? En la cura individual, se invita al sujeto a relativizar su dependencia respecto al objeto que lo rige y organiza su deseo, pero realmente, en cuanto a su participación en la vida cultural de la sociedad, el psicoanálisis no puede decir nada, por una razón y es que la promesa que nos hace la economía liberal de un acceso igual a la satisfacción para todos, esta promesa no soporta objeción ni contradicción alguna; éstas no tienen peso, aun si lo que está planteado es una nueva forma de utopía. Lo que me contraría más bien es constatar que, en últimas, el psicoanálisis es la única disciplina, hoy en día, que propicia tal constatación y que, por lo menos, invita a escala individual, por fuera de un proyecto colectivo, a no volverse el siervo ciego de ese nuevo y absurdo amo. En este sentido, podría contarles que, sobre este mismo tema que recorrí rápidamente con ustedes, escribí un libro<sup>1</sup> del cual es notable que los grandes medios en Francia lo hayan ignorado bastante: entre los grandes diarios, lo han comentado *Les Echos*, que trata de economía y que le dedicó toda una página; es decir que los economistas toman en serio lo que cuento allí; el otro diario que le hizo una reseña amplia es *La Croix*, de inspiración religiosa, y uno entiende por qué razones éticas se interesó en mi libro. Pero los otros nada quisieron saber al respecto y es lógico: es que lo que el psicoanalista cuenta allí no se vende, no estimula el mercado, no alimenta la fiebre del consumo, no contribuye al desarrollo de esa economía llamada liberal. Es lógico

<sup>1</sup> Se trata de *L'homme sans gravité*, Denoël, París 2003 [N. de la T.].

entonces que ese tipo de prensa haya ignorado del todo mi libro. El libro se vendió de manera muy significativa pero sólo por vía del boca en boca, de un lector al otro, y el editor, que es muy buena persona, me comentó que nunca había visto este fenómeno: un libro del cual los medios no hablan y que sin embargo tiene un éxito popular.

Ahora tal vez podría agregar un último y extraño comentario: nuestras culturas siempre han dependido de grandes textos. Por ejemplo, la cultura griega va de la mano con Homero, su gran autor popular, y ustedes saben cómo los aedos llegaban a la ciudad a declamar el texto de memoria y ese texto organizaba la vida espiritual de los griegos. Luego hubo otro gran texto, cuyo rol sigue siendo muy importante, la Biblia, evidentemente, que es esencial en la determinación, no sólo de nuestras conductas, sino también de nuestros sentimientos y de las situaciones dramáticas que llegamos a vivir. ¿Se acuerdan de esa telenovela americana, *Dallas*?; pues todas sus situaciones dramáticas se tomaron de la Biblia, que es un gran proveedor para nuestras conductas. Luego hubo grandes textos políticos, los de Marx, de Stalin, de Mao, que han regido las conductas públicas y privadas de cientos de millones de hombres. Y luego vino el 9 de noviembre de 1989 y, con la caída del muro de Berlín, sobrevino la caída de todas las ideologías: con ella, la de los grandes textos. Han observado cómo se está dando, hoy en día, un alejamiento del texto, pues, al mismo tiempo, lo que constituye la fuerza de la economía liberal es el desempeñarse sin referencia a texto alguno; esta economía no tiene ningún programa social ni moral, sólo le basta asegurar la promoción de un objeto de satisfacción supuestamente perfecto y que hace de nosotros sus siervos.

Creo que sin entrar en más detalles, no resulta vana una invitación a saber discernir cuáles son, hoy en día, nuestros nuevos amos. Espero que no los haya aburrido mucho y les agradezco su atención.

*Bogotá, 4 de agosto de 2004*

